



# El hombre y los Andes

---

## Homenaje a Franklin Pease G.Y.

### Capítulo 20



Javier Flores Espinoza  
Rafael Varón Gabai (editores)



Tomo I

Este libro corresponde al tomo 161 de la colección Travaux de l'Institut Français d'Études Andines (ISSN 0768-424X)

© Por el Fondo Editorial de la  
Pontificia Universidad Católica del Perú  
Plaza Francia 1164, Lima-Perú  
Teléfonos: 330-74 10, 330-74 11  
Telefax: 330-7405  
Correo electrónico: feditor@pucp.edu.pe

*Derechos reservados*

Prohibida la reproducción de este libro por cualquier medio, total o parcialmente, sin permiso expreso de los editores.

ISBN: 9972-42-512-6 (rústica)  
No. de Depósito Legal: 1501052002-5220 (rústica)  
ISBN: 9972-42-513-4 (tela)  
No. de Depósito Legal: 1501052002-5221 (tela)

Impreso en el Perú - Printed in Peru  
Primera edición, diciembre de 2002

*Fotografía de solapa*

Franklin Pease García Yrigoyen en el decanato de la Facultad de Letras de la Pontificia Universidad Católica del Perú, en noviembre de 1998. Archivo Franklin y Mariana Pease.

*Fotografías de carátula*

Peruviae Auriferae Regionis Typus (1574), Diego Méndez. Biblioteca Nacional del Perú  
Don Felipe Túpac Amaru I (siglo XIX), Anónimo. Museo Nacional de Arqueología,  
Antropología e Historia del Perú

El Inicio de la Procesión (siglo XVII), Anónimo

La Procesión del Corpus Christi en el Cuzco. Arzobispado del Cuzco (Fotografía: Daniel Giannoni)

Chaco de vicuñas (detalle). *Trujillo del Perú (siglo XVIII)*, Baltasar Jaime Martínez Compañón (Fotografía: Daniel Giannoni)

Descensión de la virgen al lugar sagrado del Sunturhuasi, Anónimo. Iglesia del Triunfo, Catedral del Cuzco (Fotografía: Colección Privada)

FLORES ESPINOZA, Javier F., ed.  
El hombre y los Andes. Homenaje a Franklin Pease G.Y./  
Javier Flores Espinoza y Rafael Varón Gabai, eds.--  
Lima: PUCP, 2002.

/PEASE GARCÍA YRIGOYEN, FRANKLIN/BIOGRAFÍAS/BIBLIOGRAFÍAS/  
POBLACIÓN INDÍGENA/INDÍGENAS/ CONQUISTA/COLONIA/  
ETNOHISTORIA/HISTORIOGRAFÍA/ICONOGRAFÍA/ETNOGRAFÍA/  
ARQUEOLOGÍA/ANTROPOLOGÍA/HISTORIA/PERÚ/COSTA/SIERRA/  
HISTORIA DEL ARTE/HISTORIA ECONÓMICA/HISTORIA DEMOGRÁFICA/  
LINGÜÍSTICA/CRÓNICAS/

## Providencialismo histórico en los *Comentarios reales de los Incas* y la *Historia general del Perú* del Inca Garcilaso de la Vega. Constatación e inventario

---

FRANKLIN PEASE (1998b: 33) recordaba que la Biblia fue el modelo de la historia en tiempos de Garcilaso. Aquí quisiera mostrar que éste concibió y construyó su historia de los incas —así como aquella de la conquista española del Perú— como una historia sacra, en la cual el papel de la Providencia ('suprema sabiduría por la cual Dios dirige todas las cosas') es determinante y decisivo. Al considerar detenidamente la obra y las tesis que la nutren, podemos decir que ella podría muy bien haber llevado como subtítulo "Historia providencial de la cristianización del Perú por los incas y los españoles". Que los mismos incas hayan favorecido la empresa evangelizadora, es algo que podría sorprender y parecer paradójico. Sin embargo, es un hecho indiscutible y sin duda uno de los más importantes en el pensamiento de este autor.

Es claro que para Garcilaso, la historia del Perú no era sino una sección, un episodio particular de la historia general del mundo, concebida ésta a su vez conforme a los criterios tradicionales de los Padres de la Iglesia y del humanismo cristiano, o mejor dicho del humanismo devoto. Esta historia es vista como una marcha progresiva lenta, tortuosa y tumultuosa pero inevitable, hacia la implantación universal de la Fe de Cristo. Para él, el pasado peruano estaba compuesto ante todo por la conquista y la colonización de las "naciones" y tribus salvajes del Perú por parte de los incas, y luego por la conquista y colonización del imperio incaico por los españoles; ambas conquistas se inscribían dentro de una continuidad, dentro de una progresión y unidad espirituales en donde el historiador Garcilaso se impuso justamente la tarea de recuperar y explicar las etapas más significativas. Él se dedicó a mostrar que las peripecias humanas están predeterminadas, que obedecen a un agente superior y todopoderoso que es la Divina Providencia, es decir Dios mismo.

La Providencia afectaba el comportamiento de los hombres, directa o indirectamente. Pero ellos, no lo olvidemos, se enfrentaban a los designios del demonio con

la ayuda de los siete pecados capitales. El demonio era el contradictor de la voluntad de la Providencia y por lo tanto, a menudo sucedía que Dios lo dejaba actuar, por lo menos por corto tiempo. Por cierto que a los hombres les quedaba el libre albedrío, pero dentro del sistema garcilasiano —totalmente impregnado del espíritu agustino de la predestinación— éste se encontraba bastante limitado.

Los primeros actores del drama histórico-teológico son ante todo los incas. En la primera y también en la segunda parte de los *Comentarios reales*, constituyen los instrumentos de la Providencia aunque ellos mismos lo ignoren y conformen una dinastía pagana procedente de la 'segunda edad de la idolatría', pues tal fue la denominación que nuestro autor dio al periodo que les concierne. Sin embargo, esta dinastía, no exenta en efecto de diversas idolatrías, fue a pesar de ello elegida por Dios para preparar la venida del Evangelio.

Ayudándome sólo con el texto, desearía presentar aquí el providencialismo histórico del Inca Garcilaso como en una fotografía, sin intentar interpretarla. En esta primera parte del estudio, que es la de una simple constatación e inventario, me limitaré a detectar y transcribir la información y los juicios del autor con respecto al punto de vista del providencialismo histórico. Intervendré sólo para seleccionar y clasificar estos elementos que se hallan dispersos en la obra, así como para echar alguna luz sobre ciertas observaciones, relaciones, encadenamientos o algunas combinaciones de causa y efecto, que el autor quiso manifiestamente comunicar al lector.

## EXORDIO

Desde el inicio mismo de la obra, al final del "Proemio al lector" de los *Comentarios reales*, Garcilaso ofrece su historia

"... a la piedad del que la leyere, no con pretensión de otro interés más que de servir a la república cristiana, para que den gracias a Nuestro Señor Jesucristo y a la Virgen María su madre, por cuyos méritos e intercesión se dignó la Eterna Majestad de sacar del abismo de la idolatría tantas y tan grandes nasciones y reduzirlas al gremio de su Iglesia Católica Romana, madre y señora nuestra".<sup>1</sup>

El lector notará que en estas líneas, Garcilaso enuncia tres cuestiones capitales: 1) las conquistas de los españoles —y por lo tanto las de los incas— están en general justificadas por la difusión del Evangelio (que aportó a los indios idólatras la posibilidad de la salvación); 2) ellas fueron posibles gracias a la intercesión de Cristo y de la Virgen ante Dios (lo cual equivale a proclamar una filosofía de la causalidad en la historia); 3) la obra del autor no tiene otro fin que el de dar gracias y servir a la Iglesia (por lo tanto, será apologética).

1 Para la obra de Garcilaso indicamos la parte (Ia. Pte. se refiere a los *Comentarios reales de los incas*, y IIa. Pte. a la *Historia general del Perú*). Se indican el libro y el capítulo con números romanos. No se dan números de página porque no nos referimos a una edición en particular.

## I

## A. La preparación providencial de los espíritus

*Manco Cápac y Mama Ocllo, pareja providencial*

Garcilaso sienta las bases de su historia de los incas en el capítulo XV del libro primero. En las páginas precedentes había trazado un cuadro siniestro de los bárbaros tiempos preincaicos, a los cuales describe con el nombre de la “primera edad y antigua gentilidad” a lo largo de la cual los indios se entregaron a las formas más bajas del paganismo, adorando las divinidades más viles con prácticas contrarias a la razón y la ley natural, como la antropofagia, los sacrificios humanos y la sodomía. Garcilaso resume esta primera época con estas palabras: “... por mucho que [uno] alargue su imaginación, no llegará a imaginar cuán grandes fueron las torpezas de aquella gentilidad, en fin como de gente que no tuvo otra guía que el Demonio” (Pte I, Lib. I, Cap. XIV). Mas otro guía iba a surgir, inaugurando así la segunda edad:

“Viviendo o muriendo aquellas gentes de la manera que hemos visto, permitió Dios Nuestro Señor que de ellos mismos saliese un luzero del alva que en aquellas escurísimas tinieblas les diese alguna noticia de la ley natural y de la urbanidad y respetos que los hombres devían tenerse unos a otros, y que los descendientes de aquél, procediendo de bien en mejor, cultivasen aquellas fieras y las convirtiesen en hombres, haciéndoles capaces de razón y de cualquiera buena doctrina, para que cuando esse mismo Dios, sol de justicia, tuviese por bien de enviar la luz de sus divinos rayos a aquellos idólatras, los hallasse, no tan salvajes, sino más dóciles para recibir la fe católica y la enseñanza y doctrina de nuestra Sancta Madre iglesia Romana, como después acá lo han recebido, según se verá lo uno y lo otro en el discurso desta historia; que por experiencia muy clara se ha notado cuánto más promptos y ágiles estavan para recibir el Evangelio los indios que los Reyes Incas sujetaron, gobernaron y enseñaron, que no las demás naciones comarcanas, donde aún no había llegado la enseñanza de los Incas, muchas de las cuales se están hoy tan bárbaras y brutas como antes se estavan, con haver setenta y un años que los españoles entraron en el Perú” (I Pte., Lib. I, Cap. XV).

Este texto es fundamental, en el sentido propio del término. En él se encuentran varias ideas que determinan y orientan las trayectorias ideológicas de la obra. En efecto, Garcilaso señala que:

- 1) la historia de los incas debe fundarse simultáneamente sobre el conocimiento del pasado y sobre la interpretación de los designios de la Providencia;
- 2) los pueblos que los reyes Incas dominaron eran culturalmente más desarrollados que los demás, siendo por ello más aptos para recibir la Fe cristiana; los Incas tuvieron un papel motriz en lo que podríamos llamar la pre-evangelización del Perú;
- 3) esta empresa de los Incas fue obra de un fundador, de un héroe cultural pero también político, moral y religioso, el rey Manco Cápac;
- 4) este rey apareció porque la Providencia lo deseó y Garcilaso da a entender claramente que fue Dios quien le transmitió la sabiduría y extraordinarias capacidades pedagógicas.

Estas ideas son desarrolladas e ilustradas en el curso de los capítulos del Libro I. Manco Cápac y Mama Ocllo, su hermana y esposa, reúnen a los hombres con los cuales se encuentran. El Inca les explica que “su padre el Sol los había enviado del cielo para que fuesen maestros y bienhechores de los moradores de toda aquella tierra, sacándoles de la vida ferina que tenían y mostrándoles a vivir como hombres” (Ia Pte., Lib. I, Cap. XVI).

La pareja real enseña a varones y mujeres las artesanías, la agricultura y también “la urbanidad, compañía y hermandad que unos a otros se habían de hazer, conforme a lo que la razón y ley natural les enseñava”. El rey predica la concordia y la paz perpetuas, el respeto mutuo y la prosecución del bien común (Ia Pte., Lib. I, Cap. XXI). Garcilaso afirma que el adjetivo *capac* quería decir “rico no de hacienda ... sino de riqueza de ánimo, de mansedumbre, piedad, clemencia, liberalidad, justicia y magnanimidad y deseo y obras para hazer bien a los pobres...” (Ia Pte., Lib. I, Cap. XXIV). Manco también es denominado por sus “vasallos” “Huacchacúyac, que quiere decir amador y bienhechor de pobres” (ibid.), y al morir invoca en su testamento a quienes le sobrevivieran o sucedieran que fueran benévolos y piadosos, que reformasen a los indios por medio del amor, atrayéndolos por las buenas y no por la fuerza. Asimismo exige que estas recomendaciones se transmitan de generación en generación (Ia Pte., Lib. I, Cap. XXV).

*Los incas, extirpadores de las idolatrías inferiores. El evangelio del Sol*

En el Perú, Manco Cápac fue el decano de los extirpadores de la idolatría. Consideraba al sol como un objeto de idolatría, pero como una suerte de idolatría superior que procedía —desde el punto de vista de la razón y la moral naturales— del grado más alto posible en la escala de los valores religiosos. Se dedicó a extirpar los cultos más bajos y viles, los ritos más crueles de las ‘naciones’ que sometió, a fin de elevarlos a un nivel religioso más razonable y digno que era el culto del sol. Los cauñias, por ejemplo, “[t]uvieron un ídolo de espantable figura a quien hazían sacrificios muy bárbaros. El Inca Manco Capac les quitó los sacrificios y el ídolo, y les mandó adorar al Sol, como a los demás sus vasallos” (Ia Pte., Lib. I, Cap. XX). Los reyes posteriores repitieron este mandato en numerosas ocasiones.

Sin embargo, los incas preferían emplear la suavidad en vez de la fuerza, a la hora de persuadir a los pueblos a que adoptasen al Sol

“por principal Dios, a quien adorasen y rindiesen las gracias de los beneficios naturales que les hazía con su luz y calor, pues veían que les produzía sus campos y multiplicava sus ganados...” (Ia. Pte., Lib. I, Cap. XXI).

La autoridad del Inca se extendió y se consolidó porque el pueblo, colmado con sus beneficios y favores, lo consideró divino, al ver en él al hijo del dios Sol. Manco Cápac no desmintió esta creencia sino que por el contrario la estimuló para así difundir y enraizar por doquier la religión solar, aunque él mismo no creyera en la ‘fábula’ que divulgaba. Este es un punto esencial del sistema religioso de los *Comentarios* que debe subrayarse, puesto que no parece haberse prestado atención. Según nuestro autor, el primer rey no creía ser hijo del Sol, así como tampoco creía en la divinidad de este astro. Garcilaso es muy claro sobre este punto: “...con astucia y sagacidad, para ser estimado, [Manco Cápac] fingió aquella fábula, diciendo

que él y su mujer eran hijos del Sol, que venían del cielo y que su padre los embiava para que doctrinasen y hiciesen bien a aquellas gentes” ... “Y como con los beneficios y honras que a sus vasallos hizo confirmasse la fábula de su genealogía, creyeron firmemente los indios que era hijo del Sol venido del cielo, y lo adoraron por tal...” (Ia Pte., Lib. I, Cap. XXV). Para Manco Cápac, el dios supremo no era el sol visible sino el invisible Pachacamac (*vide infra*). Aquel tan solo ocupaba el segundo lugar, pero el primer soberano se dedicó a una verdadera actividad predicadora en su favor para extirpar la idolatría primitiva:

“Dezíales que no en balde el Pachacámac ... le había aventajado tanto sobre todas las estrellas del cielo, dándoselas por criadas, sino para que lo adorasen y tuviesen por su Dios. Representávale los muchos beneficios que cada día les hacía y el que últimamente les había hecho en haverles enviado sus hijos...”

Por otra parte los desengañava de la baxeza y vileza de sus muchos dioses, diciéndoles [que] qué esperança podían tener de cosas tan viles para ser socorridos en sus necesidades o qué mercedes habían recibido de aquellos animales como los recibían cada día de su padre el Sol. Mirasen, pues la vista los desengañava, que las yervas y las plantas y árboles y las demás cosas que adoravan las criava el Sol para servicio de los hombres y sustento de las vestias...” (Ia Pte., Lib. II, Cap. I).

Todos los sucesores de Manco Cápac conducirán sus conquistas en nombre del dios Sol.

#### *Pachacamac, nombre provisional del dios desconocido*

El capítulo II del segundo libro de los *Comentarios reales* lleva por título “Rastrearon los Incas al verdadero Dios Nuestro Señor”. Este dios se llamaba Pachacamac. Manco Cápac lo definió como “sustentador del mundo”, es decir el que mantiene al universo con vida y en movimiento, y reconoció su poder para disponer del sol y las estrellas a su gusto (Ia Pte., Lib. II, Cap. I). En el capítulo siguiente, Garcilaso traduce *pacha* como ‘universo’ y *camac* como ‘el que anima’; define *camac* como “el que da ánima al mundo universo” y “en toda su propia y entera significación”, como “el que haze con el universo lo que el ánima con el cuerpo” (Ia Pte., Lib. II, Cap. II). El autor anota que los incas “dezían que era el que dava vida al universo y le sustentava, pero que no le conocían porque no le habían visto, y que por esto no le hazían templos ni le ofrecían sacrificios” (*ibid.*). Es destacable que en este capítulo inicial, Garcilaso discute y contradice la definición que Cieza de León diera de Pachacamac (“hazedor del mundo”), rechazando la traducción de *camay* como “hazedor”, como si no quisiera que este dios hubiese sido el ‘creador del mundo’ para los primeros Incas. Sin embargo, posteriormente, después de varios reinados a lo largo de los cuales afinaron su metafísica racionalista, los incas de Garcilaso llegaron a considerar a Pachacamac no sólo como el ‘animador’ y ‘sustentador’ del mundo sino más bien como su ‘hacedor’. Al tratar la época del reinado de Pachacútec, el autor no sólo olvidará su crítica de la traducción de Cieza, sino que la adoptará en lo sucesivo:

“Es de saber que, como en otra parte hemos dicho y adelante diremos, y como lo escriben todos los historiadores, los Incas Reyes del Perú, con la lumbre natural que Dios les dió, alcanzaron que había un Hazedor de todas las cosas, al cual llamaron Pachacá-

mac, que quiere decir el hazedor y sustentador del universo. Esta doctrina salió primero de los Incas y se derramó por todos sus reinos, antes y después de conquistados" (Ia Pte., Lib. VI, Cap. XXX).

Esta última cita es importante. Nos dice que si gracias a su inteligencia heredada de la Providencia, los reyes habían descubierto la existencia del dios único y creador, no sucedió lo mismo con sus súbditos, en particular con los de las provincias conquistadas, quienes no contaban con las mismas posibilidades intelectuales. Pero estos 'espíritus simples' fueron introducidos y elevados a este conocimiento superior justamente por los Incas. Ellos demostraron así su papel de difusores de la mejor de las religiones posibles para los paganos al generalizar en el imperio el conocimiento de Pachacamac, designación provisoria y todavía oculta de 'Aquel cuyo nombre no podían conocer' porque éste aún no les había sido revelado. También en esto los príncipes incaicos fueron los agentes activos de la preparación providencial, conforme a la voluntad de Dios.

Con el tiempo, los sucesivos reyes precisaron su metafísica racionalista. Dos Incas dedujeron que Pachacamac era el primer motor, la causa primera del universo y que el sol no podía ocupar sino un rango secundario en la creación. Así, mucho después de Manco Cápac, Túpac Yupanqui —al observar los movimientos invariables de este astro— sostendrá que no era más libre de su destino que un animal atado o que una flecha disparada, y que por lo tanto debía ser dirigido y manejado por un señor más importante y poderoso que él (Ia Pte., Lib. VIII, Cap. VIII). Huayna Cápac hará un razonamiento análogo llegando a la siguiente conclusión: "Pues yo te digo que este Nuestro Padre el Sol debe de tener otro mayor señor y más poderoso que no él. El cual le manda hazer este camino que cada día haze sin parar, porque si él fuera el supremo señor, una vez que otra dexara de caminar, y descansara por su gusto, aunque no tuviera necesidad alguna" (Ia Pte., Lib. IX, Cap. X).

La creencia en Pachacamac siguió igual luego de la caída del imperio en 1532. Atahualpa respondió a Valverde: "nosotros ... no adoramos mas de al Pachacamac por Supremo Dios y al Sol por su inferior, y a la Luna por hermana y mujer suya" (II Pte., Lib. I, Cap. XXIV).

El lector notará que este descubrimiento de un dios único, creador e invisible también se debió a la Providencia, pues Dios dio a los Incas la capacidad intelectual y lógica (la 'lumbre natural') necesaria para alcanzar este descubrimiento por medio de la reflexión, al meditar sobre la grandeza, la fuerza y la eficacia respectivas de los objetos de la creación y su jerarquía. Pachacamac era sin duda el nombre provisorio de Dios y los Incas habían llegado tan lejos como era posible en el razonamiento metafísico, tratándose de hombres privados de la Revelación.

Es en los capítulos heredados del 'manuscrito mutilado' de Blas Valera que encontramos el mayor número de referencias a 'Pachacamac'. Éstas se encuentran en la *Historia general del Perú*. Cuando los incas se toparon con los primeros españoles, vieron en ellos a 'los hijos de su dios Viracocha' (*vide infra*) y los definieron por primera vez —por nueve veces— como 'los enviados, o ministros, de Pachacamac', es decir como los mensajeros del dios único y creador, cuya noticia les anunciaron los españoles.

Pareciera que al rastrear el largo camino de esta preparación providencial a cargo de los reyes peruanos, Garcilaso hubiese querido indicar —con el ejemplo

simbólico del Inca Sayri Túpac— la verdadera recepción, a la vez lógica, sensible y cognitiva del ‘Dios verdadero’ por parte de los Incas, del Dios que ocupa y habita desde ese momento el nombre vacío hasta entonces de Pachacamac. En efecto, podemos concluir que para los incas, Sayri Túpac marca el final de una larga búsqueda del Dios cristiano a través de Pachacamac gracias a estas simples palabras: “[el Inca Sayri Túpac] adoró con mucha devoción al Santísimo Sacramento, llamándole ‘¡Pachacámac, Pachacámac!’” (IIa Pte., Lib. VIII, Cap. XI). De ahora en adelante, Pachacámac y Dios son sinónimos.

## B. La preparación providencial de los corazones y las almas

### a) la cruz en Tumbes

Desde el inicio de la conquista, Pedro de Candia fue el primero y único de toda la hueste de Pizarro que desembarcó en Tumbes. Armado de pies a cabeza, “portaba en la mano derecha una cruz de madera de más de un metro de largo” ... “Los indios ... [vieron] un hombre tan grande, cubierto de hierro de pies a cabeza, con barbas en la cara, cosa nunca por ellos vista ni aun imaginada .... [que] ni osaron hacerle mal, porque les parecía cosa divina” (IIa Pte., Lib. I, Cap. XI).

Deseando ponerlo a prueba, el curaca y los notables decidieron arrojarle el león [puma] y el tigre [jaguar] que tenían encerrados desde que Huayna Cápac los obsequiara a la ciudad (*ibid.*). Pero

“...aquellos fieros animales, viendo al cristiano y la señal de la cruz, que es lo más cierto, se fueron a él, perdida la fiereza natural que tenían, y, como si fueran dos perros que él hubiera criado, le halagaron y se echaron a sus pies. Pedro de Candía, considerando la maravilla de Dios Nuestro Señor, y cobrando más ánimo con ella, se bajó a traer la mano por las cabezas y lomos de los animales, y le puso la cruz encima, dando a entender a aquellos gentiles que la virtud de aquella insignia amansaba y quitaba la ferocidad de las fieras. Con lo cual acabaron de creer los indios que era hijo del Sol, venido del cielo” (II Pte., Lib. I, Cap. XII).

Garcilaso califica a este prodigio de “maravilla”, pero en el resumen de los capítulos que antecede a la segunda parte menciona sobre este punto: “un milagro que ... hizo Dios Nuestro Señor por [los españoles]”.

### b) la cruz en el Cuzco

En la primera parte de los *Comentarios*, el capítulo III del segundo libro lleva por título “Tenían los Incas una † en lugar sagrado”. Debemos señalar que la palabra *cruz* no está escrita, sino que ha sido reemplazada por el diseño de una pequeña cruz (que en la edición original de 1609, fol. 27v, b, semeja una cruz de Malta). Esta cruz en jaspe cristalino se encontraba dentro de un recinto sagrado (‘huaca’) de uno de los palacios del Cuzco. No la ‘adoraban’, sino que la ‘veneraban’.

El título del capítulo XXXII del libro primero de la *Historia general* también menciona la cruz: “Llegan los dos españoles al Cozco; hallan cruces en los templos y en las casas reales”. Como se sorprendieron al ver cruces en el techo de los templos y palacios, les dijeron que los cuzqueños, apenas tuvieron noticia del efecto

maravilloso que la cruz de Candía tuvo sobre las bestias de Tumbes, se habían dirigido en tumulto a ‘adorar’ la de jaspe cristalino, a la que desde entonces se regocijaban en ‘venerar’. Conocedores de sus grandes virtudes, le pidieron “tuviese por bien de librarles de aquellas nuevas gentes que a su tierra iban, como había librado [a] aquel hombre de los animales fieros que le echaron”. Garcilaso reitera que pusieron cruces por todo Cuzco “para que librase aquellos lugares y todo el Reino de los enemigos que temían”. Finalmente agregó este importante párrafo:

“Aquí es de notar que los propios gentiles idólatras, antes de predicárseles la fe católica, dieron a la cruz, y en ella a toda la religión cristiana, la posesión de si mismos y de todo su Imperio, pues la pusieron en sus templos y casas reales y la adoraron suplicándoles los librase del temor que tenían” (IIa. Pte., Lib. I, Cap. XXII).

Entonces, la adhesión del pueblo a la cruz no fue provocada por la razón o por la prédica sino por la vista, la admiración, el temor y la esperanza.

### c) la cruz en Cajamarca

Si, en Cajamarca, los españoles arrasaron fácilmente al ejército de Atahualpa, fue porque el Inca no había tenido la voluntad de combatir. Una de las causas de esta actitud fue el efecto que tuvo en él la cruz que blandía Valverde —y por lo tanto el resultado de la voluntad divina—, como se ve en un pasaje de Blas Valera que Garcilaso incorpora a su relato:

“...como Dios Nuestro Señor, con la presencia de la Reina Esther, trocó en mansedumbre el ánimo enojado del Rey Asuero, así, con la presencia de la santa cruz que el buen Fray Vicente de Valverde tenía en las manos, trocó el ánimo airado y belicoso del Rey Atahualpa, no solamente en mansedumbre y blandura, sino en grandísima sumisión y humildad, pues mandó a los suyos que no peleasen, aunque lo matasen o prendiesen. Y es de creer que cierto fueron obras de la misericordia divina, que, con estas y otras semejantes maravillas que adelante, en otros muchos pasos de la historia veremos, andaba Dios disponiendo los ánimos de aquella gentilidad para que recibieran la verdad de su doctrina y Santo Evangelio” (II Pte., Lib. I, Cap. XXV).

Pero al ver a algunos soldados españoles que habían tomado un santuario dentro de una pequeña torre de la plaza queriendo despojar a un ídolo de sus joyas, los indios profirieron fuertes gritos. Valverde, que se encontraba dialogando con Atahualpa, estando ambos sentados, “con la repentina grita que los indios dieron... se levantó a priesa del asiento en que estaba sentado... y, al levantarse, soltó la cruz que tenía en las manos y se le cayó el libro que había puesto en su regazo...”. Los españoles no escucharon lo que Valverde les gritaba en favor de los indios y el ataque tuvo lugar (*loc. cit.*). Garcilaso da a entender que de no haberse caído la cruz, el llamado de Valverde habría sido escuchado y los acontecimientos podrían haber tomado un curso diferente. Asimismo, el lector debe notar que si la cruz había caído era finalmente debido al pecado de la ‘codicia’ de los soldados, que habían deseado saquear las joyas de un templo. Sin embargo, la historia de la cruz de Cajamarca no termina aquí:

“Dos días después de aquella rota hallaron la cruz en el mismo lugar donde la dejó el Padre Fray Vicente de Valverde, que nadie había osado llegar a ella, y, acordándose de

lo de Túmpiz, la adoraron los indios, creyendo que aquel madero tenía en sí alguna gran deidad y poder de Dios, ignorantes de los misterios de Cristo Nuestro Señor, y le pedían perdón del enojo que le habían dado. Acordáronse de la antigua tradición y pronóstico que de su Inca Viracocha tenían...” (*loc. cit.*).

### C. La preparación providencial de la lengua

#### *El Cuzco, centro político, cultural y lingüístico necesario para la evangelización*

La unificación lingüística a partir del quechua cultivado y refinadamente hablado por la elite cuzqueña fue uno de los objetivos de sucesivos Incas; obviamente este objetivo se inscribía dentro del plan providencial de civilización de los ‘bárbaros’ provincianos, como lo expresa claramente un pasaje de Blas Valera en un capítulo de este autor, que Garcilaso hace suyo:

“Y cierto [es] que entre otros muchos [medios] de que la Divina Majestad quiso usar para llamar y disponer esta gente bárbara y ferina a la predicación de su Evangelio, fue el cuidado y diligencia que los Reyes Incas tuvieron de doctrinar estos sus vasallos con la lumbre de la ley natural y con que todos hablassen un lenguaje, lo cual fue uno de los principales medios para lo que se ha dicho” (I Pte., Lib. VII, Cap. IV).

Ya Inca Roca, el quinto rey, había fundado escuelas especializadas para este fin. Posteriormente el Inca Pachacútec las desarrolló considerablemente. Él las ‘ennobleció’ e incrementó el número de preceptores y maestros. Decretó que:

“todos los señores de vassallos, los capitanes y sus hijos, y universalmente todos los indios, de cualquiera oficio que fuesen, los soldados y los inferiores a ellos, usasen la lengua del Cozco, y que no se diese gobierno, dignidad ni señorío sino al que la supiese muy bien. Y por que la ley tan provechosa no se huviessse hecho de balde, señaló maestros muy sabios de las cosas de los indios, para los hijos de los príncipes y de la gente noble, no solamente para los del Cozco, mas también para todas las provincias de su reino, en las cuales puso maestros que a todos los hombres de provecho para la república enseñassen aquel lenguaje del Cozco, de lo cual sucedió que todo el reino del Perú hablava una lengua...” (Ia Pte., Lib. VI, Cap. XXXV).

El Cuzco devino entonces en un centro lingüístico único e indispensable para la difusión de la civilización incaica en las provincias multiétnicas. Garcilaso reproduce y respalda el parecer de Blas Valera, considerando que la ‘lengua general’ —esto es el quechua hablado en la capital del Cuzco— constituye un vehículo incomparable del cual la evangelización no debía prescindir: “...los Incas del Cozco, que la hablan [la lengua general] más elegante y cortesantemente, reciben la doctrina evangélica, en el entendimiento y en el corazón, con más eficacia y más utilidad” (Ia Pte., Lib. VII, Cap. IV), y repite que “esta lengua es sumamente apropiada y necesaria para predicar los Santos Evangelios”. Blas Valera, portavoz de Garcilaso, afirma una vez más que la lengua general del Cuzco “les es de tanto provecho [a los indios del Perú] como a nosotros la lengua latina”. Desde entonces, la muy conocida comparación entre el Cuzco y Roma, incluida en el prólogo a los *Comentarios* (“...el Cuzco, otra Roma”), toma a su vez otra dimensión. Ahora comprendemos mejor por qué Dios intervino tres veces, como veremos, para sal-

var al Cuzco de la invasión de los bárbaros, de los cuales no se podía esperar que favorecieran la lengua general y por consiguiente la evangelización.

*El Cuzco, conservatorio de la lengua providencial, salvado tres veces*

En efecto, la Providencia intervino tres veces en el curso de la historia para que la capital quedase en manos de gentes deseosas y capaces de conservar y desarrollar su influencia como centro político, administrativo y lingüístico:

a) Después de la visión de Chita, el príncipe —el futuro Viracocha— pudo vencer a los chancas sin duda gracias a su audacia y coraje, pero sobre todo a las numerosas y misteriosas tropas que vinieron en su ayuda en el momento oportuno. Él atribuyó su arribo providencial a la promesa de su tío abuelo, el ‘aparecido’ Viracocha:

“El príncipe Inca Viracocha y todos los suyos se esforçaron mucho de saber que les venía tan gran socorro en tiempo de tanta necesidad, y lo atribuyeron a la promesa que su tío, la fantasma Viracocha Inca, le havía hecho cuando le apareció en sueños y le dixo que en todas sus necesidades le favorecería como a su carne y sangre, y buscaría los socorros que huviesse menester” (Ia Pte., Lib. V, Cap. XVII).

b) la captura y posterior ejecución de Atahualpa por parte de los españoles salvó providencialmente al Cuzco y al imperio:

“Y porque luego que entraron los españoles prendieron a Atahuallpa, Rey tirano, y lo mataron, el cual poco antes havía muerto a Huáscar Inca, legítimo heredero... confirmaron de veras el nombre Viracocha a los españoles, diciendo que eran hijos de su dios Viracocha, que los embió del cielo para que sacassen a los Incas y librasen la ciudad del Cozco y todo su Imperio de las tiranías y crueldades de Atahuallpa, como el mismo Viracocha lo havía hecho otra vez, manifestándose al príncipe Inca Viracocha para librarle de la rebelión de los Chancas” (Ia Pte., Lib. V, Cap. XXI).

Si bien en las líneas anteriores Garcilaso no se refiere explícitamente a la Providencia, desea que el lector comprenda que esta sacralización de la ejecución de Atahualpa, por parte de los peruanos legitimistas, debe inscribirse en una perspectiva providencial, tanto más en la medida en que este Inca es presentado como el instrumento del demonio (*ibid.*).

c) cuando Manco Inca cercó el Cuzco con su ejército (1535), puso fuego a la ciudad y parecía estar a punto de vencer al pequeño grupo de españoles que allí se encontraban. Sin embargo, dos apariciones milagrosas en el cielo (Santiago y la Virgen) le obligaron a abandonar el combate y a huir hacia las montañas del este (*vide infra*). El lector comprenderá que si Manco hubiese tomado la ciudad y logrado expulsar definitivamente a los españoles, la evangelización por medio de la indispensable ‘lengua general’ no habría tenido ninguna oportunidad de realizarse.

*Efectos desastrosos de la conquista sobre la unidad lingüística*

Si bien para Garcilaso, la victoria hispana debía darle la oportunidad a la cristianización, eso no significa que sostenga que la empresa de los españoles siempre fue beneficiosa para la difusión de la lengua del Cuzco y la cristianización. Desde la época del imperio, la ‘lengua general’ —auxiliar de una armoniosa centralización— se había expandido, pero fue olvidada por doquier después de las “guerras

civiles” que estallaron entre los conquistadores, y también porque el demonio se las ingenió para revertir una situación que juzgaba sumamente favorable para la cristianización. Blas Valera se lamentaba de que en su tiempo hubiese un mayor número de ‘lenguas particulares’ en uso que en la época de Huayna Cápac, y más aún de que se hubiese olvidado la lengua del Cuzco por todo el territorio. Le reprochaba al virrey Toledo —sin nombrarlo— el haber ordenado la concentración de los pueblos, que no había hecho otra cosa que incrementar la confusión lingüística e impedir “que los indios del Perú... puedan ser bien instruidos en la fe y en las buenas costumbres”. Según él, a todos los indios debía enseñárseles no el castellano sino la lengua del Cuzco, la cual podían aprender al cabo de un año de práctica, como lo mostraba la experiencia. Entonces, los curas de indios —que también podían aprenderla en cinco o seis meses— podrían predicar exitosamente por doquier (Ia Pte., Lib. VII, Cap. III). Los gobernantes podían muy bien realizar este proyecto, que permitiría eliminar la peste de las idolatrías y las tinieblas de la barbarie de los indios ya cristianizados (Ia Pte., Lib. VI, Cap. IV).

El desconocimiento de la lengua del Cuzco —es decir de esta ‘lengua general’— tuvo consecuencias catastróficas para los peruanos. En el trágico encuentro de Cajamarca, el intérprete Felipillo, que no la conocía, no pudo traducir correctamente lo que Atahualpa le dijo a Valverde, y fue también porque éste no pudo comprender lo que le decía el intérprete, que los españoles iniciaron su ataque. Esta tragedia no fue causada por los errores de Felipillo, sino “por falta de aquel lenguaje indiano”, esto es el desconocimiento de la lengua general (IIa Pte., Lib. I, Cap. XXIII). En efecto, “... si el intérprete declarara bien las razones del Inca, los moviera [a los españoles] a misericordia y caridad” (IIa Pte., Lib. I, Cap. XX) y éstos no hubiesen atacado. Desafortunadamente, Felipillo era originario de la isla de la Puná y no había aprendido la lengua del Cuzco.

#### D. El objetivo de la Providencia: el bautismo de los peruanos

##### a) *Los Incas*

##### *El bautismo forzado y trágico de Atahualpa*

Sobre este punto, Garcilaso también se contenta con repetir las palabras de Blas Valera: Atahualpa fue instruido en la religión cristiana unas horas antes de su ejecución. Pues,

“... cuando le notificaron la sentencia de su muerte, le mandaron que se bautizase; si no, que lo quemarían vivo, como quemaron en México a Huahutimoc [sic], Rey de aquel Imperio, y que la hoguera estuvo encendida mientras le notificaban la sentencia. Al fin dice que se bautizó, y que le ahogaron atado a un palo, en la plaza...” (IIa Pte., Lib. I, Cap. XXXVI).

##### *El bautismo aceptado pero trágico de Túpac Amaru*

“Los religiosos de aquella ciudad del Cozco acudieron al Príncipe a enseñarle la doctrina cristiana y a persuadirle que se bautizase, a ejemplo de su hermano Don Diego Sayri Túpac y de su tío Atahuallpa. A lo cual dijo el Príncipe que holgaba muy mucho de bautizarse, por gozar de la ley de los cristianos, de la cual su abuelo Huayna Cápac

les dejó dicho que era mejor ley que la que ellos tenían. Por tanto quería ser cristiano y llamarse Don Felipe, siquiera por gozar del nombre de su Inca y Rey Don Felipe... Con esto se bautizó, con tanta tristeza y llanto..." (IIa Pte., Lib. VIII, Cap. XVIII).

Los dos casos acerca del bautismo de un Inca que acabamos de citar contrastan con el siguiente caso, que es ejemplar porque da fe del desenlace deseado por Dios.

#### *El bautismo solicitado por Sayri Túpac*

"Durante aquellas fiestas pidió el Príncipe el sacramento del bautismo. Había de ser el padrino Garcilaso, mi señor, que así estaba concertado de mucho atrás" (IIa Pte., Lib. VIII, Cap. XI).

"Llamóse Don Diego Sayri Túpac; quiso llamarse Diego porque de su padre y de sus capitanes supo las maravillas que el Glorioso Apóstol Santiago hizo en aquella ciudad en favor y defensa de los españoles, cuando el Inca, su padre, los tuvo cercados. Y de los cristianos supo que aquel santo se llamaba Diego, y por sus grandezas y hazañas quiso tomar su nombre" (ibid.).

#### *b) La gente del pueblo*

##### *El bautismo, fruto de la misericordia. El indio salvado por el capitán Garcilaso*

Al término de uno de los numerosos combates librados en el Collao, el capitán Garcilaso de la Vega, padre del autor, perdonó la vida a un indio que otros, en las mismas circunstancias, habrían indudablemente eliminado. Luego de la victoria de los españoles, el hombre quedó tirado en medio de los cadáveres, haciéndose el muerto para intentar salvar su vida. El capitán Garcilaso, que pasaba por allí, notó el cuerpo que respiraba y lo tocó con el regatón de su lanza:

"El indio, con gran presteza, se puso en pie, pidiendo misericordia, temiendo que querían matarle. Desde entonces quedó en servicio de mi padre, con la sujeción y lealtad que hemos dicho... Y después se bautizó y se llamó Juan y su mujer Isabel" (IIa Pte., Lib. I, Cap. XLI).

Este pasaje, que parece anunciar al celebre poema de Víctor Hugo ("Mon père, ce héros au sourire si doux...") ("Mi padre, ese héroe de sonrisa tan dulce..."), subordina el bautismo a un acto de misericordia y caridad humanas. Puede ser que con este pasaje estemos saliendo del cuadro de la determinación providencial para entrar en el del libre albedrío del hombre, visto sobre todo como la manifestación de una virtud cristiana de la que carecía la mayoría de los conquistadores, según el mismo Garcilaso. Esta es la segunda vez que el padre del autor está directamente ligado al bautismo de un peruano. Debemos recordar que en otras circunstancias, el mismo Inca Garcilaso ofició el bautismo.

#### *c) El bautismo provocado por un ángel de Dios: el caso del cuzqueño*

Deseo reproducir aquí un pasaje de un estudio anterior en el cual resumí el episodio maravilloso del habitante del Cuzco a quien Dios visitó en sueños:

"...hay otro pasaje (IIa Pte., Lib. II, Cap. VIII), jamás citado pero importante, un caso individual cargado de significado. Cuando los españoles llegaron al Cuzco y lo saquea-

ron, uno de ellos, de nombre Alonso Ruiz, hidalgo de Trujillo, entra en la casa de uno de sus habitantes. Éste lo recibe muy bien y le dice que esperaba ese momento hacía mucho tiempo, que toda su vida había deseado conocer al verdadero Dios, que Pachacamac le había visitado en sueños y le había prometido que no moriría antes del arribo de ciertos extranjeros que le enseñaran la verdadera religión. Alonso Ruiz entiende este discurso porque estaba alojado en casa de este natural desde varios días atrás y había hecho venir a un intérprete. Pudo constatar que el indio era un hombre valiente, satisfecho con su vida natural, que jamás había hecho daño a ninguna persona. Le repitió a Ruiz que deseaba conocer la verdadera religión de los hombres porque la suya “no satisfacía las exigencias de su alma”. Ruiz intenta instruirlo en la Fe cristiana. El indio no puede comprender la palabra *Trinidad* ni el verbo *creer*. Ruiz hace un juego de palabras y le dice que “debe tener en su corazón lo que los cristianos tienen en el suyo”. Al término de estas enseñanzas hace venir a un sacerdote para que bautice al indio. El cuzqueño murió unos días más tarde, feliz de ser cristiano” (Duviols 1996: 84-85).

## II

### LA PREPARACIÓN PROVIDENCIAL DE LA VICTORIA DE LOS ESPAÑOLES

#### A. Signos, visiones, milagros, profecías

##### *La visión del fantasma de Chita*

El joven príncipe, hijo de Yáhuar Huaca, había sido exilado por su padre en las pampas de Chita, donde cuidaba las llamas del Sol. Al medio día, cuando dormitaba bajo una roca y sin estar exactamente dormido ni despierto, vio repentinamente a un personaje barbudo, vestido con una larga túnica y con un animal atado. Este “fantasma” (como le llama Garcilaso), muerto hacía largo tiempo, dijo llamarse Viracocha Inca y ser hermano de Manco Cápac. Le pidió al príncipe que informara a su padre Yáhuar Huaca de que un alzamiento se había producido en el Chinchaysuyo, y de que los chancas amenazaban con atacar al Cuzco, deponer al Inca y destruir la ciudad (Ia Pte., Lib. IV, Cap. XXI).

El príncipe fue a informar a su padre, quien no tuvo en cuenta esta advertencia. Los chancas marcharon sobre el Cuzco. El joven príncipe —como ya vimos más arriba— reunió a sus tropas y recibió otras de origen desconocido como refuerzo. Logró así detener la invasión y salvar la capital. Después de la victoria fue coronado rey. Para conmemorar estos acontecimientos, tomó el nombre de Viracocha Inca e hizo construir un templo en Cacha dedicado al “dios” Viracocha, su tío abuelo el ‘fantasma’, al cual levantó una estatua conforme a la visión que tuvo. Al describirla, Garcilaso indica que le recordaba a un apóstol, en particular a San Bartolomé. Agrega que el animal que tenía consigo representaba al demonio (Ia Pte., Lib. V, Cap. XXII).

Entonces, el autor convierte a esta aparición en un personaje mixto, a la vez inca y cristiano. El fantasma sostiene ser hermano de Manco Cápac pero su barba y vestimenta recuerdan las de los españoles, mientras que el demonio que tiene atado permite que lo identifiquemos como San Bartolomé. La función providencial de

este personaje debe ser evidente para el lector: que un apóstol, un santo de la Iglesia católica, se le apareciese a un Inca antes de la conquista española y que tuviese al demonio atado, era un prodigio que no podía ser sino obra de Dios. Y en el resto del libro veremos que todas las consecuencias de esta aparición, tal como las consigna su autor, favorecieron enormemente la venida de la Fe católica.

Los incas, que de hecho no podían conocer a San Bartolomé, atribuyeron la barba y la larga túnica al tío abuelo Viracocha, al cual convirtieron en dios, sin preocuparse por el signo constituido por el animal atado.

### *Pedro de Candia y las fieras de Tumbes*

Ya describimos este episodio más arriba. Lo que debemos recordar aquí no es el milagro de las fieras domadas, sino el hecho de que los habitantes de Tumbes vieron a un español (Pedro de Candia) por vez primera y lo tomaron por un dios venido del cielo. Esta reacción refuerza el factor providencial del parecido entre el ancestro-dios Viracocha y los españoles, parecido al cual Garcilaso convierte, como veremos más adelante, en una de las piezas claves de la maquinaria histórica de los *Comentarios*. Además, la asimilación que los habitantes de Tumbes hicieron del soldado español con un dios celeste viene a completar, en el plano popular, la asimilación análoga efectuada por la aristocracia.

### *Sueños, señales en el cielo y la mar, sacrificios. Presagios de la destrucción de la religión y del imperio*

1) Luego del misterioso episodio de Chita, el rey Viracocha (Ia Pte., Lib. V, Cap. XXVIII) se dedicó a interpretar las señales y se convirtió en el oráculo más escuchado. Los "amautas" y el mismo sumo sacerdote le consultaban con respecto a la interpretación a dar de los sueños, señales, sacrificios, etc. Fue en su condición de gran adivino que hizo delante de ellos el siguiente pronóstico, exigiendo que no fuese divulgado al pueblo: después que cierto número de Incas hubiese reinado, gentes desconocidas vendrían al Perú y destruirían la religión ('la idolatría') y el imperio (Ia Pte., Lib. V, Cap. XXVIII).

2) Posteriormente, hacia el final del reinado de Huayna Cápac, numerosas señales inquietantes aparecieron nuevamente cuando los españoles tocaron las costas peruanas:

— mientras los pobladores festejaban al Sol, un cóndor pasó por el cielo, acosado por seis cernícalos y seis pequeños halcones; buscando ayuda se dejó caer sobre la plaza. Estaba enfermo, cubierto de sarna y había perdido sus plumas. Se le dio de comer pero murió al cabo de unos cuantos días. Los adivinos interpretaron esto como la amenaza de la destrucción del estado y la religión;

— hubo temblores de tierra más fuertes que los acostumbrados y las montañas se derrumbaron;

— hubo tempestades;

— se vieron cometas de aspecto aterrador;

— una noche clara se constató que la luna estaba rodeada de tres grandes círculos, el primero del color de la sangre, el segundo de un color negro que tiraba a verde, y el tercero semejante al humo. Habiendo visto esto, un mago le dijo a Huayna Cápac:

“Solo Señor, sabrás que tu madre la Luna, como madre piadosa, te avisa que el Pachacámac, criador y sustentador del mundo, amenaza a tu sangre real y a tu Imperio con grandes plagas que ha de enviar sobre los tuyos; porque aquel primer cerco que tu madre tiene, de color de sangre, significa que después que tú hayas ido a descansar con tu padre el Sol, habrá cruel guerra entre tus descendientes y mucho derramamiento de tu real sangre, de manera que en pocos años se acabará toda, de lo cual quisiera reventar llorando; el segundo cerco negro nos amenaza que de las guerras y mortandad de los tuyos se causará la destrucción de nuestra religión y república y la enajenación de tu Imperio, y todo se convertirá en humo, como lo significa el cerco tercero, que parece de humo” (Ia Pte., Lib. IX, Cap. XIV).

Los magos atribuyeron a estos prodigios la misma explicación y los mismos funestos presagios anteriormente formulados por el Inca Viracocha, guardándolos en secreto y reservándose su conocimiento a sus sucesores; a “...los amautas, que eran los sabios de aquella república, a los hechizeros y sacerdotes de su gentilidad; los cuales, como tan familiares del demonio, pronosticaron, no solamente la muerte de su Inca Huaina Cápac, más también la destrucción de su sangre” (Ia Pte., Lib. IX, Cap. XV).

#### *El testamento del Inca Huayna Cápac*

Nuevamente se vieron señales prodigiosas unos cuatro años más tarde, a la víspera de la muerte de Huayna Cápac. Éstas fueron interpretadas en igual forma que las anteriores. El Inca, sintiéndose morir, llamó a los capitanes y *curacas* que no eran de sangre real y les dijo:

“Muchos años ha que por revelación de Nuestro Padre el Sol tenemos que, passados doze Reyes de sus hijos, vendrá gente nueva y no conocida en estas partes, y ganará y sujetará a su imperio todos nuestros reinos y otros muchos; yo me sospecho que serán de los que sabemos que han andado por la costa de nuestro mar; será gente valerosa, que en todo os hará ventaja. También sabemos que se cumple en mí el número de los doze Incas. Certifícoos que pocos años después que yo me haya ido de vosotros, vendrá aquella gente nueva y cumplirá lo que Nuestro Padre el Sol nos ha dicho y ganará nuestro Imperio y serán señores dél. Yo os mando que les obedezcáis y sirváis como a hombres que en todo os harán ventaja; que su ley será mejor que la nuestra y sus armas poderosas e invencibles más que las vuestras” (Ia. Pte., Lib. IX, Cap. XV).

Según Garcilaso, este pronóstico o profecía (él emplea este último término sólo a partir de la conquista española) jugará un papel considerable y esencial en el desarrollo de los acontecimientos. No debemos perder de vista que éste se originaba en la profecía del Inca Viracocha y no era sino su prolongación; que la profecía de Viracocha estaba ella misma fundada sobre la aparición de un fantasma identificado como hermano de Manco Cápac, pero cuyo aspecto era el de un apóstol cristiano con características que recordaban a los españoles, cosas todas ellas desconocidas e inescrutables en la época en la cual se produjo la aparición. Se desprendía forzosamente que sólo Dios o el demonio podían haber provocado la visión de Chita, y por consiguiente el testamento de Huayna Cápac. Se tratase de Dios o del demonio —una cuestión que se aclarará más adelante—, el lector se encuentra inmerso de todos modos en un sistema de causalidad providencialista. Constatemos,

por el momento, que uno de los efectos más importantes de esta profecía de dos niveles fue, sin duda, la divinización de los españoles por parte de los peruanos.

## B. La conquista del Perú

### *Divinización providencial de los españoles*

Volvamos por un instante al hecho que Garcilaso funda la divinización de los españoles por parte de los peruanos en el parecido de dos de sus atributos —la barba y la vestimenta— con la estatua del fantasma Viracocha. Ya en la primera parte de los *Comentarios* había escrito que de este parecido “nació que llamaron Viracocha a los primeros españoles que entraron en el Perú” (Ia Pte., Liv. V, Cap. XXI). En el texto queda sobreentendido que el parecido tan marcado entre la estatua de Cacha y los españoles hizo creer desde un inicio al príncipe, y posteriormente a los Incas, que su tío abuelo, el Inca Viracocha, llevaba barba y se vestía con una larga túnica, lo cual parece ser tanto más verosímil dado que los incas ignoraban todo acerca de San Bartolomé. En un segundo momento, esta analogía de apariencias llevó a pensar a los incas que existía un vínculo familiar estrecho entre su tío abuelo Viracocha y los españoles, y por lo tanto entre ellos mismos y estos últimos. De este modo Atahualpa quedó convencido de que éstos eran sus parientes. Por último, como los Incas decían ellos mismos haber venido del cielo y ser enviados del sol (¡olvidando tal vez que Manco Cápac había inventado esta leyenda, sin creer en ella!), los peruanos consideraron que los españoles que habían desembarcado también ‘venían del cielo’, enviados por Viracocha. Podían entonces, según la lógica propia de aquel milagroso encadenamiento de sucesos, ser calificados como ‘hijos de Viracocha’ o como ‘hijos del Sol’.

### *Preparación providencial de las almas: del parecido al pacto de familia*

Esta elaboración mítica permitió al autor introducir los episodios destinados a lamentar las oportunidades perdidas para una armoniosa y fraternal paz hispano-inca. Antes del encuentro de Cajamarca entre Francisco Pizarro y Atahualpa, Tito Atauchi, hermano de este último, visitó a los españoles como embajador. Tito Atauchi vio en los invasores a los hijos de Viracocha y el Sol. Les dijo que Atahualpa “deseaba verlos ya y servirles como a hijos del Sol, su padre, y hermanos suyos” puesto que se parecían a la estatua de Cacha, y propuso realizar con ellos un tratado de amistad y paz perpetua que sería un auténtico pacto de familia (IIa Pte., Lib. I, Cap. XVII).

Luego fue el turno de Atahualpa de recibir a los embajadores Hernando Pizarro y Hernando de Soto. Al ver a los españoles por primera vez, manifestó su sorpresa:

“El Inca se asentó, y luego pusieron a los españoles asientos de oro de los del Inca, que por su mandado los tenían apercebidos, que, como los tenía por descendientes de la sangre del Sol, no quiso que hubiese diferencia de él a ellos, principalmente siendo el uno dellos hermano del Gobernador. Sentados que fueron, volvió el Inca el rostro a sus deudos que le acompañaban, y les dijo: ‘Veis aquí la cara y la figura y el hábito de nuestro Dios Viracocha al propio, como nos lo dejó retratado, en la estatua y bulto de piedra, nuestro antecesor el inca Viracocha, a quien se le apareció en esta figura’” (IIa Pte., Lib. I, Cap. XIX).

Esta alusión al parentesco mítico existente entre incas y españoles se repetirá muchas veces en la *Historia general del Perú*.

Garcilaso volverá más tarde sobre este proyecto de tratado, al cual atribuía una gran importancia. Luego de la muerte del Inca, un destacamento armado comandado por Tito Ataucchi tomó algunos prisioneros españoles. Entre ellos se encontraba un tal Sancho de Cuéllar, escribano del juicio a Atahualpa. Designado como chivo expiatorio, Cuéllar fue ejecutado para vengar la ejecución del Inca. Los demás prisioneros fueron tratados cortésmente y Tito Ataucchi nuevamente propuso generosas “capitulaciones” al español Francisco de Chávez, esto es el mismo pacto que había sido propuesto hacía poco por Atahualpa, con algunas disposiciones complementarias. Las dos partes sellarían su parentesco, amistad y colaboración, fraternal y definitivamente con la paz. Pizarro restituiría el imperio a los peruanos y reconocería a Manco Inca como soberano. Chávez también exigió y obtuvo que los incas adoptasen la religión de los cristianos y que les permitieran predicarla por todo el país.

Los españoles vieron e interpretaron este proyecto como unos “milagros e inspiraciones de Dios Nuestro Señor, que andaba disponiendo los ánimos de aquella gentilidad para que, con amor y suavidad, recibiesen su doctrina y Santo Evangelio...” (IIa Pte., Lib. II., Cap. VI).

#### *Atahualpa en Cajamarca: la renuncia providencial a combatir*

La orden de no oponerse a los invasores dada por el Inca Huayna Cápac en su testamento (*vide supra*) sería respetada rigurosamente, como lo vemos desde el comienzo de la conquista española narrada en la *Historia general del Perú*. Ella determinó la conducta sistemáticamente pacífica y sumisa de los peruanos. Llegado a este punto, debemos dar marcha atrás. Garcilaso afirma que en Cajamarca hubo un largo conciliábulo entre fray Vicente Valverde y el Inca Atahualpa, quien dijo lo siguiente:

“[Si son enviados] de Dios, a quien nosotros llamamos Pachacámac, que os ha elegido para castigo y destrucción nuestra... mis vasallos y yo nos ofrecemos a la muerte y a todo lo que de nosotros quisieredes hacer, no por temor que tengamos de vuestras armas y amenazas, sino por cumplir lo que mi padre Huayna Cápac dejó mandado a la hora de su muerte, que sirviésemos y honrásemos una gente barbuda como vosotros... Por lo cual, cumpliendo el decreto y testamento de mi padre, os habemos llamado viracochas, entendiendo que sois mensajeros del gran Dios Viracocha...” (IIa Pte., Lib. I, Cap. XXIV).

Y Garcilaso comenta las implicaciones providenciales de este discurso:

“Todo lo cual confirma lo que decimos, que les mandó Atahualpa que no peleasen, lo cual fue misericordia de Dios porque no pereciesen aquel día los cristianos que habían de predicar su Evangelio; que si el Inca no se lo mandara, bastara verlo caído en tierra y preso para que todos murieran peleando en defensa de su Príncipe, pues tenían sus armas en las manos” (IIa Pte., Lib. I, Cap. XXVI).

#### *La cobardía de Atahualpa*

En el transcurso del primer contacto con el imperio, Pizarro había masacrado a los habitantes de la isla de la Puná, y el terrible poder de los españoles había sor-

prendido y asustado al Inca Atahualpa. Garcilaso anota que esto tuvo "...acobardado y rendido al bravo Atahualpa", y estima que en realidad, esta falta de coraje del Inca había sido deseada por la Providencia: "Pero, bien mirado, eran castigos de su idolatría y crueldades, y por otro parte eran obras de la misericordia divina para traer aquellos gentiles a su Iglesia Católica Romana" (IIa Pte., Lib. I, Cap. XVII).

La debilidad de Atahualpa es un factor secundario en la derrota de Cajamarca. La causa principal de la falta de resistencia fue la infortunada caída de la cruz, y sobre todo el deseo de respetar las órdenes póstumas de Huayna Cápac. También intervino, según hemos visto, la diabólica incompreensión lingüística.

#### *La discordia providencial entre Atahualpa y Huáscar*

Otra causa importante de la victoria española, deseada por Dios, fue la discordia y la guerra fratricida entre Atahualpa y Huáscar. Sobre este punto nos limitaremos a señalar el juicio providencialista de Garcilaso:

"Mas Dios Nuestro Señor, habiendo misericordia de aquella gentilidad, permitió la discordia de los dos hermanos, para que los predicadores de su Evangelio y Fe Católica entrasen con más facilidad y menos resistencia" (Ia Pte., Lib. I, Cap. XL).

### D. La sublevación de Manco Inca

#### *La esperanza frustrada de Manco Inca*

Luego de las "capitulaciones", es decir del proyecto de pacto de familia entre incas y españoles, Manco Inca exigió que se le restituyera el imperio, del cual era el legítimo heredero. En una entrevista con Francisco Pizarro logró que éste le entregara el emblema del poder. Sin embargo, estando bajo la influencia de la profecía de Huayna Cápac y de su fe en Pachacamac —y, por ende, en la Providencia—, el Inca manifestaba un fatalismo providencial: "Si el Pachacámac lo tiene así ordenado ¿qué podemos hacer sino obedecerle?" (IIa Pte., Lib. II, Cap. XI). Debido a diversas circunstancias, y sobre todo al comportamiento de ciertos españoles, el proyecto del tratado de paz debía fracasar. Garcilaso saca esta lección: "Mas el Demonio, con todas sus artes y mañas, andaba sembrando la discordia y estorbando la enseñanza de la fe católica, porque aquella gentilidad no se le fuese de las garras ni se librase de su cruel tiranía" (IIa Pte., Lib. II, Cap. XIII). Finalmente Manco huirá, reunirá sus tropas y cercará el Cuzco.

#### *El cerco del Cuzco. Milagros a favor de los españoles*

Los españoles, que eran poco numerosos en el Cuzco, fueron cercados en 1535 por Manco Inca. Éste disponía de tropas considerables. Sin duda habría tomado la ciudad si la Providencia no hubiese realizado algunos milagros a favor de los asediados. Éstos se habían refugiado en el palacio de Viracocha. Los indios lo incendiaron con flechas encendidas. Todo ardía. Sin embargo:

"La sala grande... donde los cristianos tenían hecha una capilla para oír misa, reservó Dios Nuestro señor del fuego, que, aunque le echaron innumerables flechas, y empezaba a arder por muchas partes, se volvía [a] apagar, como si anduvieran otros tantos

hombres echándoles agua. Ésta fue una de las maravillas que Nuestro Señor obró en aquella ciudad para fundar en ella su Santo Evangelio” (IIa. Pte, Lib. II, Cap. XXIV).

Al cabo de once o doce días, los españoles, abatidos y cercados, no tenían otro recurso que el de rezar a Dios o la Virgen. Los indios los iban a vencer.

“A esta hora y en tal necesidad, fue Nuestro Señor servido favorecer a sus fieles con la presencia del bienaventurado Apóstol Sanctiago, patrón de España, que apareció visiblemente delante los españoles, que lo vieron ellos y los indios encima de un hermoso caballo blanco, embrazada una adarga, y en ella su divisa de la orden militar, y en la mano derecha una espada que parecía relámpago” (IIa Pte., Lib. II, Cap. XXIV).

Los indios huyeron espantados. Como se disponían a atacar nuevamente al caer la noche,

“...se les apareció en el aire Nuestra Señora, con el Niño Jesús en brazos, con grandísimo resplandor y hermosura, y se puso delante dellos. Los infieles, mirando aquella maravilla, quedaron pasmados; sentían que les caía en los ojos un polvo, ya como arena, ya como rocío, con que se les quitó la vista de los ojos, que no sabían donde estaban” (ibid.).

Los españoles lograron retomar la ciudad.

#### *Manco Inca vencido por Dios*

Una vez perdido todo y habiendo abandonado el cerco de la capital, Manco reunió a los jefes de su ejército e hizo una confesión pública:

“¡Hermanos y hijos míos! Bien he visto el amor que habéis mostrado en mi servicio, pues con tanto ánimo y tanta prontitud habéis ofrecido vuestras vidas y haciendas, mujeres y hijos, por verme restituído en mi Imperio. Paréceme que visiblemente lo ha contradicho el Pachacámac, y pues él no quiere que yo sea Rey, no es razón que vamos contra su voluntad ... Verdad es que podemos decir que no nos vencieron ellos, ni ellos se pueden loar de habernos vencido, sino las maravillas que vimos ...

...Ahora veo cumplida por entero la profecía de mi padre Huayna Cápac, que gentes no conocidas habían de quitarnos nuestro Imperio, destruir nuestra república y religión. Que si antes de levantar la guerra que levantamos contra los viracochas miráramos bien lo que el rey mi padre nos mandó en su testamento, no la levantáramos, porque en él nos manda que obedezcamos y sirvamos a estos hombres, porque dice que su ley será mejor que la nuestra y sus armas más poderosas que las nuestras. Lo uno y lo otro ha salido verdad, pues que luego que ellos entraron en nuestro Imperio enmudecieron nuestros oráculos, que es señal que se rindieron a los suyos” (IIa Pte., Lib. II, Cap. XXIX).

#### *La sumisión de Manco Inca a la voluntad de la Providencia*

A punto de retirarse a Vilcabamba, Manco juzgará así las causas de su derrota y de la victoria de los españoles en el cerco del Cuzco:

“Todo lo cual, bien mirado, nos dice a la clara que no son obra de hombres, sino del Pachacámac; y pues él los favorece y a nosotros desampara, rindámonos de grado; no veamos más males sobre nosotros. Yo me voy a las montañas de los Antis, para que la aspereza dellas me defienda y asegure de estos hombres, pues toda mi potencia no ha podido” (ibid.).

## EPÍLOGO

Para nuestro autor son evidentes la conclusión de todos los acontecimientos de la conquista, así como la lección que conviene extraer de ellos. Garcilaso da su opinión personal indirectamente, a través de algunos de los españoles, a los cuales juzga “considerados y celosos de la honra de Dios y del aumento de la Sancta Fe Católica”:

“aquellas hazañas que atribúan a sus fuerzas y valentía eran maravillas que el Señor obraba a favor de su Evangelio, para que, mirándolas con atención fieles e infieles, los infieles se ablandasen y acudiesen a recibirlo con más amor y menos resistencia, y los fieles se animasen y esforzasen a predicarlo con más hervor y caridad del prójimo y respeto de Dios” (IIa Pte., Lib. I, Cap. XXXIX).

*Dios deseó la extinción de la dinastía de los incas*

Quedaba aún un descendiente legítimo del linaje de los Incas. Se trataba del nieto de don Carlos (el cual fuera condiscípulo de Garcilaso en el Cuzco), destinado por el rey de España a ocupar un cargo importante en la Casa de Contratación de Sevilla. Pero falleció en la península apenas a la edad de tres o cuatro meses: “así se perdió toda la renta con la muerte del niño, para que en todo se cumpliesen los pronósticos que el gran Huayna Cápac echó sobre los de su sangre real y sobre su Imperio” (IIa Pte., Lib. VIII, Cap. XVIII). Comprenderemos mejor si reubicamos la famosa lamentación final (a veces evocada por los comentaristas, pero fuera de su contexto providencialista) en su perspectiva providencial: “para que todo sea tragedia”, que encontramos en el capítulo XIX.

*La conquista del Perú y América es la obra de Dios*

Finalmente encontramos en la *Historia* esta nota insertada como sin quererlo, al final de un corto capítulo (XXX) del Libro II: “Y la victoria que ha habido en el nuevo orbe, y mucho más en el Perú, más fue providencia de Dios y batalla suya a favor del Evangelio, que no fortaleza de españoles”. Con estas palabras, Garcilaso extiende su sistema providencialista de la historia a todo el Nuevo Mundo, en donde el Perú de los incas constituye para él el ejemplo privilegiado, al mismo tiempo que parece desear disminuir el papel de los españoles en la conquista en beneficio de la Providencia. Había exaltado ya este papel al inicio de la *Historia*, al exclamar

“¡Oh nombre y genealogía de Pizarros, cuánto te deben todas las naciones del mundo viejo por las grandes riquezas que del mundo nuevo les has dado! ¡Y cuánto más te deben aquellos dos imperios, peruano y mexicano, por tus dos hijos, Hernando Cortés y Francisco Pizarro, y los demás sus hermanos, Hernando Pizarro y Juan Pizarro y Gonzalo Pizarro, los cuales, mediante sus grandes trabajos e increíbles hazañas, le quitaron las infernales tinieblas en que morían y les dieron la luz evangélica en que hoy viven!” (IIa Pte., Lib. I, Cap. II).

Entonces, las hazañas de los conquistadores y los resultados de la Providencia no son contradictorios. Aquellas sin duda contribuyeron heroicamente a la implantación del Evangelio, pero porque la Providencia así lo había deseado.

De otro lado, ¿caso Garcilaso no había señalado en el primer capítulo de la *Historia general*, a propósito del pacto efectuado entre Pizarro, Almagro y Luque con vistas a la futura conquista del Perú, que “lo principal era que Dios había misericordia de aquellos gentiles, y quería por este camino enviarles su Evangelio, como lo veremos en muchos milagros que a favor dellos hizo en la conquista” (IIa Pte., Lib. I, Cap. I)? En efecto, lo hemos visto.

\* \* \*

La *Historia* termina con estas palabras:

“La Divina Majestad, Padre, Hijo y Espíritu Santo, tres personas y un solo Dios verdadero, sea loada por todos los siglos de los siglos, que tanta merced me ha hecho en querer que llegase a este punto. Sea para gloria y honra de su nombre divino, cuya infinita misericordia, mediante la sangre de Nuestro Señor Jesucristo y la intercesión de la siempre Virgen María, su Madre, y de toda su Corte celestial, sea en mi favor y amparo, ahora y en la hora de mi muerte, amén, Jesús, cien mil veces Jesús” (IIa Pte., Lib. VIII, Cap. XXI).

El Inca Garcilaso dice la verdad. Hemos leído y visto que hizo todo lo posible en las dos partes de los *Comentarios Reales de los Incas* para escribir una historia del Perú a la gloria de Dios, verdadero autor de esta historia, de la cual nuestro Inca simplemente fue su cronista devoto.

### Nota final

Los reagrupamientos temáticos efectuados en el transcurso de esta lectura selectiva de los *Comentarios* permiten captar mejor el pensamiento metafísico del autor y sobre todo, distinguir en la complejidad del relato la sucesión de causas a veces entremezcladas, sus consecuencias históricas y sus encadenamientos. A modo de ejemplo, recordaremos la posteridad de la visión de Chita, cuyo origen providencial hemos subrayado. Ella se manifiesta y se despliega en el testamento de Huayna Cápac, quien determinó la voluntad de los Incas de no resistir a fin de obedecer la orden póstuma de este rey. Esta actitud a su vez conlleva, en gran medida, la primera gran victoria de los invasores. La otra derrota importante —la de Manco Inca ante el Cuzco, derrota que selló la victoria final de los españoles— también fue determinada por la visión de Chita. Mas si el desenlace milagroso del cerco fue tan funesto para los peruanos como lo había sido aquel del encuentro en Cajamarca, y aunque ambas derrotas concurrieron para asegurar la victoria de aquellos a quienes la Providencia defendía porque portaban y predicaban el Evangelio, las motivaciones y las decisiones de los dos actores protagónicos —Atahualpa y Manco Inca— fueron distintas e incluso opuestas. El primero fue hecho prisionero y ejecutado porque obedeció la orden sagrada de no combatir dada poco antes por su padre, en tanto que Manco Inca fue vencido por no acatar esta misma orden y haber combatido. Aquí vemos bien que los medios de la Providencia pueden ser sinuosos.

Esta misma visión de Chita abre otros caminos y otras perspectivas en el sistema garcilasiano. Fue ella la que determinó la resistencia del futuro Inca Viracocha

contra los chancas, y fue gracias a su éxito militar —logrado en buena parte gracias a los refuerzos enviados por el fantasma, es decir por la Providencia— que el Cuzco se salvó. Sin embargo, era necesario que el Cuzco perdurara como la capital altamente civilizada de los Incas para que su lengua ‘general’, también providencial, pudiera sobrevivir hasta la conquista española, ya que era indispensable para la evangelización debido a sus cualidades excepcionales.

La visión de Chita —a la cual se sumó la estatua de Cacha, que la materializó y divulgó— constituyó entonces el punto de partida y el motor de otras evoluciones con desenlaces deseados por la Providencia. Introducir el tema del ‘aparecido’, entendido como identificación de los conquistadores con la estatua de Viracocha de Cacha —que los convierte en virtuosos ‘hombres venidos del cielo’ y en ‘hijos del Sol’, y por lo tanto en parientes de los Incas—, le permite a Garcilaso construir una epopeya familiar y personal en la cual su padre fue el héroe y él el heredero, al mismo tiempo que le brinda la justificación de su identidad y su tarjeta de presentación como Inca<sup>2</sup>. Desde otro ángulo, esta misma visión estuvo en el origen de las consideraciones históricas e ideológicas de Garcilaso sobre el tema del mestizaje<sup>3</sup>.

He tratado dos cuestiones que hasta ahora no habían sido percibidas por la crítica moderna, ni habían sido objeto de ningún análisis,<sup>4</sup> a pesar de tener un papel capital en la concepción, la arquitectura y la ideología de los *Comentarios*.

(Traducción de Javier Flores Espinoza y Laura Moscol de Gallard)

## Bibliografía

### *Fuentes impresas*

Garcilaso de la Vega 1945, 1959b.

### *Fuentes secundarias*

Duviols 1963, 1964, 1996, 1998, 1999, 2000.

Pease G. Y. 1998b.

Rodríguez Garrido 2000.

- 2 En Duviols (1998), retomé y desarrollé esta cuestión en una conferencia leída el 28 de marzo de 2000 en la Alianza Francesa de Lima (en prensa).
- 3 También traté esta cuestión del mestizaje en la conferencia antes mencionada.
- 4 Las elites intelectuales de la colonia, y sobre todo los quechuistas, leyeron la *Historia general del Perú* y conocieron muy bien las construcciones y los argumentos providencialistas que ella contiene, sabiendo servirse de ellos en caso necesario. Es así que el milagro de Tumbes, la visión de Chita, el efecto prodigioso del ‘aparecido’, así como el tema de la no resistencia del Inca, intervienen en la trama de las teatralizaciones religiosas andinas que tienen por tema la muerte de Atahualpa. Hasta el gran Calderón usó el milagro de Tumbes en *La aurora en Copacabana* (véase Duviols 1999, 2000). De otro lado, el tema del ‘parecido’ y el de los hombres ‘venidos del cielo’ fue recientemente tratado por Rodríguez Garrido (2000), después de mi exposición en la Universidad de Notre Dame (1996) y su publicación (Duviols 1998).
- 5 Estas ediciones son las que empleó el editor, y no debe entenderse que hayan sido escogidas o utilizadas por el autor. N. del Ed.